

Tal es la narracion fiel de lo que pasó al principio de esta crisis, narracion desnuda de interes, y mas diria, vulgar, si ella no formase el prólogo de este libro lleno de páginas negras y lúgubres, que se está escribiendo todavía, y que se humedece diariamente con las lágrimas de las víctimas de la misma revolucion, que como Saturno, está devorando tambien á sus propios hijos.

Pero de todos estos incidentes insignificantes, de todas estas reflexiones, que tendrán mayor ó menor peso, segun los sentimientos de los que las pesen en su consideracion, es necesario pasar á otros de mayor gerarquía é importancia.

El tipo de las grandes catástrofes sociales se reproduce con intervalos de siglos y de centenares de leguas, lo mismo que se reproduce y se encuentra esparcido en la superficie del glo-

bo el tipo de los animales, de las plantas y de las montañas. En las orillas de los rios de Africa y de Asia se encontrarán las mismas plantas que en nuestras tierras cálidas, lo mismo que se crearán trasplantadas algunas de las montañas de nuestra cordillera en la cadena de los montes Urales; así es respecto de las demas obras de la creacion.

En el discurso de la larga vida social, la mayor parte, si no todas las naciones, han sufrido ó tienen que sufrir, tres grandes catástrofes: la conquista, la independendencia y la reforma.

La conquista es sanguinaria y avara; la independendencia, tenaz y gloriosa; la reforma violenta y destructora.

La conquista cambia el idioma, la religion, la propiedad, las costumbres; finalmente, la raza: la independendencia da vida, libertad, rango y gloria á las grandes familias que han sido el resultado de la conquista: la reforma, arrasa, destruye, aniquila cuantas instituciones antiguas encuentra á su paso, á la manera de un rio, que saliéndose de madre para fecundar las tierras, arrebatada con la misma furia las doradas espigas del trigo, y los abrojos y malezas de la tierra inculta y eriaza.

Estos son los caracteres mas marcados de estas catástrofes sociales, los únicos que mere-

ven el nombre de revoluciones. Ellas han pasado lo mismo, sobre el antiguo suelo de Roma, que sobre los aluviones modernos de las Américas, con la sola diferencia de que estas catástrofes han solido borrar con sus dedos sangrientos algunos pueblós de la gran familia humana, miéntras han dado el ser á otros nuevos, para borrarlos quizá á su vez, y relegarlos á esa fria é imperfecta memoria del pasado . . . . á la nada. Y pues así está escrito en la historia, y pues así pasa acaso ante nuestros propios ojos, fuerza es creer en estos grandes acontecimientos, que á ser mas lejanos, los tendríamos por una fábula, como el largo sitio de la famosa Troya.

¿Por qué es necesario que repentinamente una nacion levante sus guerreros, apreste sus naves y afle sus armas, y como el torrente asolador se arroje sobre otro pueblo independiente, tal vez feliz y tranquilo, y de la noche á la mañana llene los campos de sangre, de luto las casas y de duelo y lágrimas las ciudades, y despues de una lucha desesperada, usurpe la propiedad agena, haga cambiar el idioma y las costumbres, y finalmente, someta á su espada y á sus leyes á los que vivian avenidos y contentos con las suyas propias?

¿Por qué, despues que han pasado años y años

y que una nueva familia, una tercera raza ha nacido y crecido, y puede ó debe al ménos vivir libre, gastando sus propios recursos, cultivando sus campos, viviendo bajo el dominio de sus propias leyes, hay otra fuerza opresora y terrible, que envia soldados, cañones y elementos de muerte para impedirlo? ¿Los pájaros que anidan en la copa de los árboles, no se lanzan á los vientos, desde el momento en que sus alas tienen fuerzas para sostenerlos? ¿No es cierto que los padres que entre los beneficios del cielo cuentan el de la prudencia y la sabiduría, desde el momento en que sus hijos crecen, les forman un patrimonio y una familia, y aunque unidos por la sangre, son otros tantos centros de nuevas casas y de nuevos gobiernos domésticos?

¿Por qué, finalmente, es preciso que lo que se llama reforma, venga con un carácter violento, derribando de la misma suerte el lujo y la riqueza de las corporaciones antiguas, y el altar modesto, donde la caridad coloca sus ofrendas, para que suban con sus plegarias á los cielos? ¿Por qué los reformadores, cuya divisa es la libertad y la tolerancia, á la vez son perseguidores é intolerantes?

Pero, despues de reflexionar profundamente en tan amargas y desconsoladoras verdades; despues de observar que de estas tremendas con-

mociones, el tipo se haya reproducido con intervalo de años en todos los países, se interroga con ansia á la historia, á las tradiciones, á la sabiduría, á la filosofía, á la virtud misma, para que resuelvan las graves cuestiones que se presentan al entendimiento.

¿Es fuerza, por ventura, que los pueblos sean subyugados los unos por los otros? ¿Es fuerza para la formación de nuevas naciones, poner en planta esos medios de reproducción tan sangrientos y tan difíciles? ¿Es fuerza, que las costumbres se purifiquen con el fuego, como el oro en el crisol ardiente?

¿Así recorre el mundo ese monstruo imaginario que se llama civilización? ¿Es su oficio, por ventura, matar y destruir á los padres para que los hijos sean mas refinados en las artes, en las ciencias y mejores en sus costumbres? ¿No es posible dar un paso en el progreso humano, sin tener que atravesar ántes rios de sangre? ¿No puede trasplantarse de un país á otro, la religión mas dulce y mas humana, sin que sea preciso imponerla con la espada? ¡Dios mio! ¿Esta es la civilización, estos los adelantamientos del mundo, esta la libertad, esta la filosofía cristiana?

Estas reflexiones han hecho nacer en mi espíritu otras de una gravedad é importancia tal, que han debido formar, y han formado en efecto,

un gran peso en la poca parte que he tomado en los sucesos políticos de México.

¿Un hombre colocado al acaso y transitoriamente en un destino público, tiene la misión de reformador ó defensor, ó debe limitarse al simple cumplimiento de los deberes comunes? Para mí es una duda todavía, y cada uno resuelve esta cuestión segun la fuerza y energía de su carácter y el grado de sus convicciones.

¿Qué cosa es preferible? ¿Una reforma gradual que vaya paulatinamente corrigiendo los abusos, disminuyendo las influencias políticas, y estableciendo un prudente equilibrio en la sociedad, ó una reforma absoluta, completa, que aniquile lo malo, lo mismo que lo bueno, que destruya la mies y la maleza, para sembrar despues en un campo fértil, pero enteramente desierto? ¿Es preferible componer el viejo edificio ó derribarlo, á riesgo de no poderlo construir mejor?

¿En la suma de males y de bienes que trae en pos de sí una gran revolución social, cuál es el plato de la balanza que se inclinará? ¿Hasta qué punto es lícito en una conciencia recta y en un patriotismo bien entendido, causar males á una generación, para que las siguientes sean felices? A estas cuestiones, como á todas las de este género, cada uno responde tambien se-

gun el temple de su carácter, y segun las opiniones ó intereses que lo afectan.

Por esta serie de razonamientos que pueden ir aumentando su fuerza, puede tambien comprenderse la conducta del Presidente de la República en la revolucion de Diciembre. En cuanto á mí, confieso que han sido un objeto de duda, que han atormentado y atormentan mi espíritu.

Pero sea de esto lo que fuere, México ha pasado ya por la catástrofe de la conquista, por la revolucion de la independendencia, y tendrá que pasar por la de la reforma.

¿Qué cosa es la reforma? Voy á decir mi opinion, sujeta por supuesto á error, como lo son la mayor parte de los juicios de los hombres, y muy en particular el mio. Harto lo he probado en mas de una ocasion; pero, pues, estoy hablando como pienso, y pensando como escribo, aun cuando estos tiempos no sean aquellos de rara felicidad á que se referia Tácito, ocuparé algunas líneas mas, para concluir.

La inclinacion del hombre tiende á la riqueza, al poder y á la influencia; pero como el hombre solo y aislado por mucho que valga y sepa, nada vale, ni sabe nada, sin el concurso y auxilio de los demas, esta tendencia necesita prosélitos, auxiliares y partidarios. Los reyes buscan mag-

nates; los conquistadores, soldados; los patricios, pueblo; los filósofos, prosélitos; aun los cenobitas, compañeros y aliados. Así se sostienen las monarquías, triunfan los capitanes, se forman las repúblicas, y se engrandecen las corporaciones. Pasan los años, se modifican ó cambian las costumbres, se altera el carácter de los pueblos, se introduce otro género de ideas; en una palabra, como en las cosas materiales y frívolas el capricho de la moda es una ley, así tambien las grandes cosas morales tienen una ley desconocida, invisible, que las impele, y las cambia de forma como las nubes son impelidas por los vientos.

Repentinamente una corporacion, que se enriqueció, que adquirió influencia y poder, se halla frente á frente á un rey, ó á un pontífice, que no quiere ó no puede sufrir esa preponderancia . . . . Hé aquí la reforma.

Se cria en el curso de los años un sistema de filosofía, mas ó ménos ingenioso, mas ó ménos absurdo. Nunca le faltan prosélitos, nunca cerebros volcánicos que abracen con entusiasmo una nueva teoría, nunca reuniones considerables de hombres, que de grado ó por fuerza, se dejen conducir á las cadenas y á la muerte, por hacer triunfar los principios. Entónces el sistema de esa filosofía se pone armado frente á frente á las antiguas costumbres, á las tradi-

ciones que han merecido el respeto de las anteriores generaciones.—Hé aquí la reforma.

Mas adelante un rey se encuentra frente á frente con un pueblo pobre, sufrido, miserable. El pueblo se pone contra el rey.—Hé aquí la reforma.

En una palabra, es el choque de cuerpos contra cuerpos, de instituciones contra instituciones, de masas contra masas. Cometas de un curso irregular, parece que recorren una órbita dilatada, para venir á chocar con los cuerpos de este sistema imperfecto de las cosas humanas.

Yo no entro á calificar la justicia de la causa que determina éstos acontecimientos: ellos suceden, y supuesto que suceden, yo mismo pregunto, ¿por qué se anuncian, y por qué se consuman de una manera tan estrepitosa?

¿Dónde está la poderosa Roma? dónde el imperio de Oriente? dónde el esplendor de los califas de España? dónde el antiguo sistema feudal? dónde las órdenes militares, que reunian en su seno la nobleza, el valor y el dinero? dónde, en fin, tantas y tantas cosas, tantos y tantos pueblos, que han entrado en el seno oscuro de la nada, para hacer lugar á otras nuevas cosas, á otros nuevos hombres y á otras nuevas instituciones?

La conquista, la independecia y la reforma, todo lo han cambiado.

Así hemos visto á un monarca condenar al fuego á los templarios, á un rey con toda su nacion separarse del pontífice, á un pontífice suprimir con un rasgo de su pluma, á la corporacion que ha tenido mas sabios en su seno, á un fraile violento y grosero triunfar del soberano, que dió su nombre al siglo en que vivió, á un pueblo cortar en la plaza pública las cabezas de sus reyes: así, en fin, han pasado en el mundo sucesos extraños, pero no por eso ménos ciertos.

Y bien, ¿cuál es la filosofía de todo esto? ¿Los pueblos han adelantado en su felicidad, en su saber, en su moral? Yo no lo sé, y seria curioso tener ya escrito el libro en que por una serie de hechos históricos, analizados con una sólida filosofía, se nos probase que son mas felices los colonos que, bajo el látigo del cultivador, habitan entre el cieno y los caimanes las mortíferas orillas del Mississipi, que los pastores que apacentaban los ganados de aquel viejo y santo Patriarca, que los munsulmanes llaman todavía con respeto el *Kali*.

De las generalidades pasemos un momento á nuestro pais.

¿Por qué, Colon, despues de ser tenido por un

loco, descubrió el Nuevo-Mundo? ¿Por qué Cortes traicionó á Velázquez, encontró en las playas de México á Da. Marina, y en la cordillera la alianza de los tlaxcaltecas? ¿Por qué el cura de Dolores, anciano, débil y oscuro, proclamó la independenciam, y tomó un pendon con la imágen de la Virgen de Guadalupe? ¿Por qué Iturbide, que habia sido el brazo fuerte del gobierno colonial, volvió los ojos á su patria, y entró á México triunfante con un ejército? La historia lo explica todo esto á su modo; á mi propósito basta consignar los hechos. La conquista se verificó, y la independenciam se consumó. En cuanto á la reforma, es otro hecho, que solo el poder de la Providencia podrá retardar ó impedir, pero que hace tiempo sigue en pos de los que ya se consumaron.

La reforma no es de ahora; ella ha comenzado hace mucho tiempo. Quizá desde pocos años despues de la conquista, cuando el Lic. Delgadillo desbarató á lanzadas una procesion en las calles públicas de México: hartos testimonios pueden presentarse de las hostilidades de los primeros conquistadores contra los religiosos que venian á estas nuevas tierras.

¿Qué cosa la retardó? ¿La inquisicion de Felipe II? Puede ser, pero quizá mas bien las buenas obras.

Los conquistadores, sedientos de oro, no buscaban al cacique sino era para quemarle los piés, hasta que confesase dónde tenia el tesoro: no visitaban la heredad de la familia indígena sino para talarle su choza y sus magueyes, y apoderarse de sus mujeres y de sus tierras. Entónces la caridad, disfrazada con el pobre hábito de Valencia, de Motolinia y de Vasco de Quiroga, venia con sus manos santas á curar tan crueles heridas, y á recoger tantas lágrimas. La enseñanza de una religion nueva, la esperanza de otra mejor vida y el auxilio y la proteccion materiales, eran los contrastes que presentaban contra las atrocidades de esos hombres de negro y retorcido bigote, de coselete de fierro y de corazon de acero.

En el curso del tiempo no hubo rincon del Nuevo-Mundo que no recorrieran estos conquistadores de otra especie, descubriendo tierras, examinando montes, rios y valles, escribiendo obras, que han servido para hacer brillar con falso oropel á nuestros modernos y famosos historiadores, reduciendo á las tribus bárbaras á la vida social, y todo esto con el Evangelio en la mano, con la fe en el corazon y con la perseverancia que distingue á los que acometen grandes empresas.

Triunfaron, y era muy justo; pero ¿cuál fué su